

FÉLIX BRUZZONE

Las chanchas



LITERATURA RANDOM HOUSE

Félix Bruzzone

Las chanchas

Literatura Random House

*Tu madre y tus hermanos están afuera
y te quieren hablar.
¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?*

MATEO 12, 47-48

ANDY

Es una tarde cualquiera en el Planeta Marte. Saco la basura. Dos bolsas grandes que pienso dejar en el tacho de hierro y alambre que tiene el vecino en su vereda. El que teníamos lo rompieron los marcianos, o los perros. Era de madera, hecho con unos tirantes que sobraron de la obra y unas tablas que los albañiles estaban a punto de tirar pero les pedí que las dejaran, para algo iban a servir, y las usé para el tacho. No duró mucho tiempo. Un par de años. La madera blanda, afuera, aguanta poco.

Estoy tranquilo. Las cotorras gritan desde los árboles de la plaza, donde también hay algunos marcianos trepados. Ellos se hacen los dormidos y cada tanto dan un manotazo veloz, atrapan una cotorra y se la comen. Ellas no escapan. Siguen ahí, gritando. Debe gustarles que se las coman. O estar quietas a la espera de ser comidas. Un juego macabro.

Apenas doy los primeros pasos fuera de casa, hacia el tacho del vecino (hay que pasar frente al baldío y cruzar la calle de tierra), escucho los gritos de unas chicas. Trato de distinguirlas entre la penumbra y los árboles. No las veo, pero de golpe aparecen desde atrás de las hamacas.

—¡Ayuda, señor, ayuda! —gritan.

El señor soy yo.

Intento saber por qué corren y gritan así, enloquecidas. La oscuridad no deja ver bien, aunque todo parece normal.

—¡Nos quieren secuestrar, por favor, señor, nos quieren secuestrar!

Se me vienen encima al instante. Si pudieran agarrarme las piernas y quedarse prendidas y obligarme a correr hasta un lugar seguro, lo harían.

Entiendo el mensaje y las calmo. Uso palabras suaves y las hago entrar al patio de adelante de casa, cierro el portón y me quedo con ellas. Mientras se aflojan, miro por la hendidija que hay entre el portón y el parante. Todo parece tranquilo afuera.

—Era una camioneta blanca —dice una de las chicas.

La otra mira al piso, apoyada en un palo de hockey.

—Esperen acá.

Abro el portón y vuelvo a salir. Todavía tengo las bolsas de basura, una en cada mano, así que camino despacio hasta el tacho y las dejo. Al volver, en la calle de tierra, a mitad de cuadra, está estacionada la camioneta blanca de Walter, el fletero. No sé cómo no la vi antes. Me acerco y le toco timbre. No anda. Aplaudo. Sale Walter con dos ayudantes. Se están riendo. Al verme, Walter me pregunta si quiero nueces.

—Este año el nogal está como loco —dice.

Los ayudantes pasan al lado mío, saludan y se van; cada uno carga una bolsa llena de nueces. Se los ve muy alegres. Las nueces, por cómo suenan al moverse en las bolsas, parecen buenas.

—Si no te molesta... Romina quería hacer un budín —digo.

—Te alcanzo en un rato. ¿Estás en tu casa?

—En casa, sí. Sos un genio, Walter.

Walter hace un ademán de agradecimiento. Tendría que haber sido actor, o bailarín; fletero no.

Ya en casa, veo que las chicas encontraron a Roberto y juegan con él. La que antes estaba nerviosa y muda ahora lo mira a los ojos.

—¡Lindo conejo!, ¡lindo conejo! —le dice mientras el animal apunta sus orejas hacia abajo y la otra chica le acaricia la espalda.

—Parece que no fue nada —les digo.

Como al volver dejé, sin querer, el portón entreabierto, ellas ven a los ayudantes de Walter que se sentaron a comer sus nueces en la plaza.

—Nos dijeron de todo, son esos.

—¿Esos? Trabajan con Walter. Vive a la vuelta. Andá a saber.

—Eran tres. Se bajaron de la camioneta. Parecían animales.

—Tiene más ayudantes, sí.

Debería llamar a sus casas y que las vengan a buscar. También podría dejarles a Roberto para que se lo lleven y les de confianza mientras vuelven solas. Me lo podrían alcanzar en cualquier otro momento que pasen por acá. O se lo podrían dar a algún marciano para que me lo traiga. Nunca escuché que los marcianos comieran conejos.

Llamo. Al cuarto intento infructuoso les digo que puedo acompañarlas, no tengo casi nada para hacer.

—¿Nada? —pregunta Lara.

—En realidad, espero a... Pero a esta hora ya no creo que venga.

—¿Y tu mujer?, ¿cómo se llamaba?

—Romina.

—¿Ella no va a venir?

—También. Pero tiene llave.

El sillón del living, de dos plazas, envuelve tan bien a las chicas que las hace parecer más grandes de lo que son. Lara tiene piernas largas, casi tubos, y Mara la nariz del tamaño de una uña. Les ofrecí jugo de limón y ahora relamen los bordes llenos de azúcar de los vasos. Piden más y no se deciden a que las acompañe a sus casas, que es lo que tendríamos que hacer antes de que llegue Romina.

Me intranquiliza lo que Romina podría sentir ante esta situación. Y una cosa lleva a la otra. Y entonces pienso en la infidelidad.

Nadie es infiel. La infidelidad no existe. En todo caso, hay escenas de infidelidad como esta que me muestra acá junto a estas chicas. También pienso que el rumbo natural de las cosas es el de las promesas, y el de la verdad que hay en todas las promesas. Las salpicaduras que pudiera haber en el camino no deberían contar.

Me rasco una oreja, los pabellones y sus vueltas y enroscamientos, con las yemas de mis dedos índice y medio. Me dan ganas de hurgar más adentro y sacar la cera que debe haberse desprendido con los masajes, pero me contengo: las chicas me miran.

No quieren salir porque no les gustaría pasar por donde están los ayudantes de Walter, que siguen en la plaza con sus nueces. ¿Serán amigos de los marcianos? Nadie puede

ver a los marcianos como los veo yo. Deben haberse quedado ahí porque para ellos es muy entretenido y excitante comer nueces y aturdirse con las cotorras después de un día de trabajo duro. Tal vez les den un poco a ellas. Las cotorras son buenas comedoras de nueces.

Romina vuelve antes de lo habitual y las chicas siguen conmigo en el living. No puedo entender en qué nos distrajimos. Escuchar el ruido de las llaves en el portón fue en verdad electrizante. Salté de mi silla y actué como una tormenta. Las chicas se reían mientras yo las empujaba por el pasillo hasta el cuartito del fondo. Les divertía verme hacer tantos movimientos desordenados. Incluso mi explicación sobre que iban a tener que quedarse encerradas un rato les pareció graciosa. Recuerdo las risas de Lara, entrecortadas por algo que podía ser hipo, y los besos que Mara le daba a Roberto en la boca.

Romina parece una mezcla de las dos chicas. Es pura ilusión, lo sé muy bien. Pero ahora que la veo, recuerdo que ella también, desde hace unos días, juega con Omi a darle besitos al conejo. Y también, desde hace un tiempo, cuando le hago una broma, tiene la risa entrecortada de Lara.

—¿Hacemos una tortilla? —pregunto.

Algo percibe. Nunca se detiene tanto en la búsqueda de huevos en la heladera, ni en batirlos. La textura que logra con el batido los convierte en una suerte de espuma.

La ayudo con las papas. Primero las pelo y después las cortamos entre los dos. Cuando Omi se pone a llorar, lo atiende un rato y le juega, o le juego yo, con unas bolsas de plástico duro que cada vez que se mueven hacen ruido a roto.

El aceite se calienta más rápido de lo que nos lleva terminar con las papas. La cocina se llena del olor rancio del diente de ajo que empieza a quemarse. Abro la ventana.

Bajó la temperatura. Estaba anunciado, pero es distinto saber que la temperatura va a bajar a sentirla baja así, de golpe, y que todo se vuelva tan frío. Las cotorras ya no gritan.

No hay muchas opciones, tengo que sacar a las chicas mientras Romina se baña y convencerlas de que se vuelvan solas. Los ayudantes de Walter ya deben haberse ido, con el frío que hace. Y ellas tienen que entender que con Romina acá yo no podría acompañarlas, ni esperar que alguien me atienda en sus casas, y mucho menos esperar que alguien las venga a buscar. La tontería de haberlas llevado al cuartito del fondo, sin querer, complica todo.

Alzo a Omi, no sea que empiece a llorar y Romina salga del baño. Me apuro. Abro la puerta del cuartito y les explico la situación a las chicas. Hablo sin mirarlas, no sé por qué, y mis palabras, y mi forma de actuar... Un robot sería un poco más expresivo. Sin embargo no me escuchan, no me ven, están encandiladas con Omi y se las ve muy interesadas en jugar con él. Para ellas las cosas son simples: estar acá, en este cuartito, no tiene ninguna importancia, y yo les parezco demasiado bueno e incapaz de tomar ninguna medida drástica. No pasó mucho tiempo. Apenas las dos últimas horas del día.

Las chicas le acercan el conejo a Omi para que lo toque.

—La oreja no la tires —dice Mara.

Lara ya se puso en cuclillas y está dando saltos de conejo.

De repente, me saca a Omi de los brazos y empieza a saltar con él a upa. Mara los aplaude sin hacer ruido, como el festejo de un mimo.

—¡Tenemos tres conejos! —se entusiasma.

En cuanto lo sientan en el piso, vuelvo a alzarlo, y como no sé bien qué hacer para convencerlas de que se vayan, me doy media vuelta, cierro la puerta otra vez y me escapo tan rápido como puedo.